EL ECO DE CARTAGENA

Año XXXIII

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm. 9544

PRECIOS DE SUSCRIPCION:

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 12 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 10 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 24

VIERNES 25 DE AGOSTO DE 1893.

CONDICIONES:

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Canmartin, 61, y J. Jones, Faubour Montmartre, 31.

Para los agricultores.

Prensas de palancas múltiples para vino.—Tijeras para vendimiar.—Id. para podar.—Máquinas para desgranar panizo.—Id. para taponar botellas.—Id. para limpiar id.—Id. para picar y embutir carnes.—Horas de acero.—Azadas, legones y rastros de id.—Ingratadores.—Filtros para vinos y licores.—Agotadores para botellas.—Cepillos, cadonas, espiches, etc. para bocoyes.—Bombas de trasego y otras.—Armarios especiales para botellas.—Cestas ídem para idem.—Arados de vertedera fija y móvil.—Embudos automáticos.—Mobiliario para jardines.—Casetillas para sacos.—Espino artificial para cercas.—Jarrones, macetas, balaustrés etc.—Básculas sin numeración.—Via estrecha para trasportar frutas.—Wagoncitos, plataformas, etc.

De venta en el MUSEO COMERCIAL.—Puerta de Murcia.
PIDANSE CATÁLOGOS Y DIBUJOS.

LITERATURA EXTRANJERA.

TRISTE FIN.

También este año fui á la romería de San Antonio de los Olivares. No pude resistir á mi deseo. La gente que pasa cantando, riendo, dando saltos, haciendo derroche de su alegría, es una ola que me arrastra. Luego la tentación de los carruajes completamente llenos de pasajeros... el mayoral del ómnibus, de pie en el pescante, agitando su trapo como un abanderado agita su bandera en el fragor de la lucha... no pude resistir y me dejé arrastrar por el torbellino de la alborotada muchedumbre.

A un lado de la carretera en medio de la extensa llanura, estaba uno de los mayores atractivos de la fiesta; una barraca de grandes dimensiones sobre cuya puerta velase un cartel que decía así:

«Gran Función. Los anillos de Saturno»

La célebre mademoiselle Angelina ¡asombro del Universo! Cáspita; el espectáculo debía de ser curioso en extremo.

Entré en la barraca estrujado por la compacta masa de ávidos espectadores.

Apareció mademoiselle Angelina... ¡Santo Dios que impresión tan triste experimenté al contemplarla! No tenía menos de 48 años; era alta, flacucha y desgarrada; sus cabellos que en un tiempo debieron ser rubios, y que ahora parecían de estopa, caían ásperos y enmarañados sobre su rostro de porgamino, rostro cuya fealdad aumentaban los pómulos salientes.

Sobre una yegua flaca y vieja también ejecutaba aquella infeliz sus ejercicios, alzando un pie, bajándolo para levantar el otro, inclinando el cuerpo hacia adelante y hacia atrás, extendiendo los brazos. En mi vida ví nada más trágico que aquella pobre vieja vestida de medio cuerpo para arriba con una camiseta de color indefinible, y de medio cuerpo para abajo con calzones de punto muy cortos, y medias de algodón rojo bastante sucias y desteñidas.

¡Oh! era muy triste verla cuando hacía piruetas encima de la bestia y cuando contestaba á los aplausos del público encogiendo su cuerpo con ridícula contracción y dilatando su boca sin dientes con una sonrisa que parecía una mueca arrancada por el dolor agudo!

Al terminar el espectáculo, mademoiselle Angelina salió de la barraca y atravesó la carretera llevando de la brida la yegua escuálida y coja que le servía para ejecutar sus trabajos ecuestres.

Yo la seguí á corta distancia.

Se detuvo junto á un tejtar y mientras la caballería devoraba con ansia abundante ración de yerba, sentóse en el suelo y se quedó inmóvil, pensativa... Al observar

que yo la miraba, fijó en mi sus ojos sin brillo en los que se retrataba la amargura infinita de su corazón.

Tuve el presentimiento de que aquella mujer no debía serme completamente desconocida, y se me ocurrió una idea que al punto puse en práctica.

Pocos minutos después entré en una taberna acompañado del saltimbanqui—un español murciano con facha de asesino.—Le convidé á comer y aceptó inmediatamente.

Cuando las frecuentes libaciones le hicieron entrar en el terreno de las confidencias, me contó con pormenores minuciosos la historia de Angelina, y su relato confirmó mis sospechas.

Yo conocía de nombre á la desdichada Angelina.

Si; todavía me acuerdo de aquella noche.

Eran las once cuando mi tía Magdalena entró en la alcoba donde dormíamos mi madre y yo.

Me desperté al ruido de voces encortadas por fuertes sollozos y ví á mi madre y á mi tía que se abrazaban llorando y oí que decía la primera tratando de consolar á la segunda:

—¡Pobre hermana mía! ¡pobre Magdalena!

Muy pocas veces había yo visto llorar á una persona mayor.

Se me figuraba que el llanto sobre todo el llanto ruidoso, era una cosa muy fea y fundábase esta creencia en que á las criaturas no se les toleraba que espresasen su aplicación.

Así es que me chocó extraordinariamente que mi madre, á quien siempre ví sonreír y que me reprendía con frecuencia mi vicio de llorar incurriera en el defecto que con tanto afán procuraba corregirme.

Acurrucado en mi camita, y abriendo mucho los ojos observé aquella escena con la duda de si sería sueño ó realidad lo que estaba viendo.

A favor de la luz tenue de la lamparilla colocada ante una pequeña imagen de la Purísima Concepción, contemplaba yo á las dos mujeres que se abrazaban en la penumbra haciendo demostraciones de dolor acerbo y que causaban en mi espíritu una impresión extraña, mezcla de pena y de terror.

Parecían dos fantasmas... Acabé por esconder la cabeza bajo el embozo y experimenté ganas de llorar.

Debí quedarme dormido porque no sentí salir de la habitación á mi tía Magdalena: Cuando me descubrí, mi madre estaba en su lecho, agitando las ropas con fuertes estremecimientos y suspirando sin cesar.

Al día siguiente todas las personas de mi casa andaban por ella silenciosas y tristes y, de vez en cuando hablaban en voz baja... Algo semejante ocurrió siendo yo más pequeño, cuando murió mi abuelito.

Muchos años después,—era yo casi un hombre y había muerto mi tía Magdalena—me contó mi madre lo sucedido en aquella inolvidable noche.

Mi tía habíase casado en segundas nupcias con un hombre quince años más joven que ella. En los primeros de matrimonio fueron muy felices. La diferencia de edades hacía que el cariño de él tuviese algo de afectuosa, obediencia filial. Ella le adoraba, le idolatraba y considerábase la mujer más dichosa del mundo.

Pero un día sintió en su corazón un sobresalto terrible. Instintivamente pensó en que el hombre adorado la engañaba y sufrió martirios crueles, horrosos al tener que ocultar sus dudas que cada vez adquirirían mayores proporciones y que eran por decirlo así, un cancer de su alma.

Impulsada por fuerza irresistible, ansiosa, febril, casi loca, bus-

có un día pruebas que confirmaran sus presentimientos.

Registrando la ropa de su marido encontró, y leyó ávidamente una perfumada esquila amorosa cuyo contenido le produjo el efecto de una puñalada que desgarrase sus entrañas.

La amante del adúltero, decla refiriéndose á la esposa desdichadísima! «Esa pobre vieja...» La pobre vieja lanzó un grito agudo, desgarrador, y dominada repentinamente por la idea del suicidio, se dirigió hacia la puerta de salida. Pero se detuvo sintiendo que alguien agarraba sus vestidos por detrás. Era su hijo menor, un querubín de cuatro años que había saltado de la cuna y que gritaba sonriendo:

—Mamá... mamá...

Cogió á su niño en los brazos y besándole con frenesí y vertiendo abundantes lágrimas recordó haber visto á la infame que le arrebató el cariño de su esposo. Recordó haber asistido con él, hacía algún tiempo á una función del Circo Ecuestre... En la pista, una hermosísima mujer de cabellos rubios adornados con profusión de flores ejecutaba maravillosos trabajos de agilidad y gracia. Sosteniéndose en un pie sobre el terliz de terciopelo azul con franjas de oro, arqueando los desnudos brazos sobre la cabeza, inclinándose voluptuosamente hacia adelante y hacia atrás parecía una sílfide, una aparición fantástica.

Los payasos, pintarrajeados de albayalde, colocaban á su paso los aros de papel de seda y la artista daba un salto rápido con el cuerpo encogido y los pies juntos, surgiendo al romper el debil obstáculo como surge una ondina de entre las neblinas sonrosadas.

¡Oh, era una locura!

En las sillas, en los palcos, en las galerías, en todas partes, los hombres de pie, electrizados, aplaudían ruidosamente á la artista enloquecedora; y ella, en los momentos